

# DIMAS, EL BUEN LADRÓN

La mujer bajó las manos hasta la cuna y recogió la frialdad del cuerpo del hijo agonizante. El niño había nacido enfermo, al parecer sin posible curación. Sobre la sábana apenas alcanzaba a ser ahora una pella de nieve, un leve puñado de carne derrumbada.

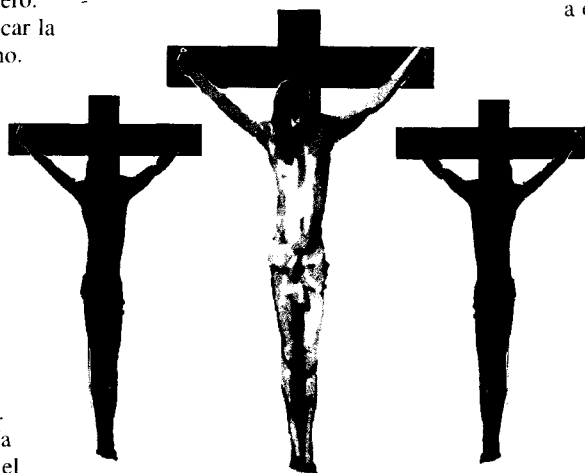
El hombre depositó amorosamente una mano sobre la espalda de la esposa, en un triste ademán de desesperado amparo. Ladrón de caminos, salteador de caravanas, se dijo: "*Dios me castiga con la muerte del hijo*". Y como llaman a la puerta hubo de esconder su llanto para levantar el postigo, y entonces descubrió, recortado a contraluz sobre los últimos oros del atardecer, a un hombre que empuñaba las bridas de un asno sobre cuyo lomo aparecía una hermosa mujer sosteniendo la dulce carga del hijo recién nacido. -*Soy José, carpintero de Nazaret y ésta es María, mi esposa. Huimos de Herodes. Sus soldados recibieron la orden de degollar a nuestro niño. Te suplicamos nos dejes descansar en tu casa, por una sola noche...* -*Podéis pasar. Compartiréis con nosotros, con el techo, el cuenco de la leche fresca y el rueda del queso con sal.* Les llegaba desde la hondura lóbrega del cuarto del enfermo la voz de la madre, indagando. Se conmovió esta, luego, ante la presencia del niño forastero.

¿Puedo tocarlo? Es hermoso tocar la piel de un niño sano. Solicitó la otra, humildemente, un caldero de agua para el oportuno baño del hijo, y entre las dos mujeres bañaron al niño. -Tan hermoso tu hijo, y mira el mío, un pequeño despojo sobre la blanca sábana, sin esperanza de salvación. Entonces la forastera alargó sus manos hacia el enfermo y lo sumergió en el agua donde antes había bañado al su hijo.

De pronto se había abierto en el aire parado el misterioso silencio que precede a todo prodigio. La forastera recogía el agua en el cuenco de su mano, por acariciar repetidamente la piel del niño enfermo. Miraba la otra, absorta, la pureza de aquel agua cristalina, como recién llovida, como linfa impoluta de los manantiales, y se dobló súbitamente en un sollozo de felicidad, recogiendo entre sus brazos al hijo a salvo, a los cuatro vientos proclamando el venturoso hecho: -*¿Milagro o, milagro!* En brazos de su madre ahora, el niño forastero sonreía.

*"El que en su agua  
fué banyado  
fué puesto  
a su distro lado"*

*"Libre dels tres Reys D'Orient"*



## II

Y pasaron muchos años, y, porque se cumpliera lo que estaba escrito, el hijo de los forasteros caminantes, ya hombre fue condenado a muerte de cruz. Y el hijo del ladrón creció a su vez, viniendo a salir ladrón como su padre. Dimas nombrado, tantas y tan graves fueron sus fechorías que también fue

sentenciado a muerte. Así, tarde de oro del tiempo de Parasceve, subiendo de los huertos el olor de la cidra, el dátil y el rosal, el destino volvió a unir a los dos niños, ya hombres, en la cima del Gólgota crucificados. Justamente treinta y tres años empujaban a los dos hasta la altura de un patíbulo. Con ellos, Gestas, otro ladrón, retorciase sobre el madero, mordido por el dolor. Bramó, súbito:

*Eh, tú compañero Dimas, dñle a éste que se dice Hijo de Dios que baje de la cruz, al menos que se descuelgue a sí mismo.* Y le asomaba, entre los sucios dientes, una lengua reluciente por el sol de la tarde, mojada en sangre. Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen - suplicó el que reo principal venía a resultar-. Hacia él se dirigió Dimas: -*Me das pena, pues no es justo que tu*

*ocupes ese sitio.* Sintiose entonces Dimas alcanzado por su mirada, percibiendo cómo una luz nueva le bajaba hasta las entrañas. De pronto alcanzaba a entender que su paso por la tierra, todas

sus pequeñas ilusiones, todos sus parvos sueños de criatura desvalida y sin ventura, habían estado preparando este momento de su encuentro con Dios.

-*Señor* - balbució, apenas sin palabras, dejando hablar su corazón-. *cuando estes en tu reino acuérdate del hombre que no ha sabido encontrarte hasta hoy, ya ves, cuando todo empieza a ser demasiado tarde.* Pero no era tarde en verdad, porque todavía le llegó la voz poderosa del otro: -En

verdad te digo que hoy estará conmigo en el paraíso. Poco después el sol se oscurecía, se rajaban las peñas y de la sepultura hedionda de los sepulcros los muertos resucitaban.

Alguien, estremecido ante el cadáver del ajusticiado entre los ladrones, afirmaba: "*Verdaderamente éste era el Hijo de Dios*".

Vivia aún Dimas. Quizás continuaría viviendo durante algunas horas más, las suficientes para no desechar todavía la esperanza de que, en última instancia, alguna circunstancia imprevista viniera a salvarle del suplicio y la muerte. Sin embargo, para Dimas, no era tan hermoso el hecho de vivir aún como el de conocer que, cuando la muerte le amordazara definitivamente los plulsos, pudiera disponer de un buen sitio para que su desalentado y desvalido corazón, pájaro herido por todas las desventuras, descansase a gusto a la sombra de Dios.

Asensio Sáez